

EDITORIAL

Pablo Ramón Fuentes-Hernández

Director Arquitecturas del Sur,
Departamento de Diseño y Teoría de la
Arquitectura, Facultad de Arquitectura,
Construcción y Diseño
Universidad del Bío-Bío
Concepción, Chile
<https://orcid.org/0000-0001-6628-6724>
pfuentes@ubiobio.cl

Gonzalo Andrés Cerda-Brintrup

Editor Arquitecturas del Sur,
Departamento de Diseño y Teoría de la
Arquitectura, Facultad de Arquitectura,
Construcción y Diseño
Universidad del Bío-Bío
Concepción, Chile
<https://orcid.org/0000-0002-4174-7421>
gcerda@ubiobio.cl

Un mundo nuevo

Los recientes acontecimientos políticos que han sacudido las políticas internacionales en estos últimos tiempos dejan a la arquitectura como un factor aparentemente ajeno a los cambios estructurales a los que el mundo se ve sometido. Tales cambios se ven reflejados en guerras, invasiones, ocupaciones, la mayoría de las veces omitiendo -o derechamente transgrediendo- lo que pomposamente se ha llamado el “orden mundial”. El optimismo social por un mundo que respetaba la ley y los acuerdos entre los países, amparados en aparatosos organismos internacionales, parecía que, además, podía trasladar sus soluciones a la arquitectura, de modo que la disciplina en los últimos años nunca fue más internacional y más variada, más fastuosa y, también en casos memorables, más discreta. Ha sido realizada en directa y simple relación a los avances tecnológicos, acarreado nuevos desafíos impuestos por el cambio climático, la sustentabilidad, los nuevos medios de producción, y, sobre todo, ante el agotamiento energético tradicional ha buscado nuevas fuentes; las nuevas exploraciones indagan ahora sobre nuevos tipos de energía cuyos recursos naturales -litio, tierras raras- despiertan los más voraces apetitos políticos y económicos.

La pobreza, el hambre, la miseria de buena parte del planeta, alojados en los países menos desarrollados, no fueron flagelos suficientes para imitar, adherir, o simplemente habitar, lo que llamamos “el desarrollo”. En este lado de la vereda, el dibujo de esta situación, se solidificaba extendidamente en el tiempo. Dicho de otra manera, no se alcanzaba el desarrollo a la cabeza del tren, pero se viajaba con cierta costumbre y comodidad en el vagón de cola.

La habitual división -esquemática, por cierto- entre un polo liberal versus un polo socialista, que después de la Segunda Guerra Mundial se transformó en un constructo compartido, luego de siete décadas parece derrumbarse víctima de su propia somnolencia.

La democracia, la gran ganancia originada por el desarrollo social del siglo XIX y consolidada en el XX, había conseguido mantenerse en pie como un mástil al que aferrarse como garante de un mundo, acaso más ilusionado y optimista en su manera de gestionar sus derroteros. Cada país, cuál más, cuál menos, había conseguido en buena ley, o a veces con muecas y quizá con escepticismo, invocar sus virtudes para establecer sus estrategias y participar en el drama del desarrollo moderado y continuo. El mundo occidental, parecía dar lecciones al resto del mundo, al validar para todo un modo aparentemente mejor, ya que, por lo demás, era el nuestro.

¿Han retornado los imperios? La olvidada práctica del golpe en la mesa, de la tirada del mantel en la cena de las transacciones del poder, ha pasado a definir que ya no habría dos, sino al menos tres comensales que hoy esperan repartir el pastel que queda. Al poder estadounidense y al ruso, hoy se le allega a la mesa el chino. Se trata de un invitado del que poco se conoce, pero con el que mucho se comercia. Como sea, cada uno tiene parte en la comida; sus apetitos son insaciables. Sus propias acciones desmedidas justifican las del

contrario, de modo que “si tú lo haces yo también tengo el derecho”. No hay oposición, hay solo delimitación del territorio de la acción, “yo aquí y tu allá, sigamos negociando”.

De una u otra manera, los dogmas caen, y en la prensa puebla la desinformación y el desconcierto.

Se ha defendido con persistencia unas maneras que la cultura occidental ha validado. La arquitectura, ha aislado en un sitio aparte lo que las cabezas de sus propios poderes han considerado como la “buena arquitectura”, en desmedro de “otras arquitecturas”, seguramente más fáciles de enjuiciar, pero menos de comprender. Si el orden mundial se ha defendido, hoy parece que en realidad se ha protegido algo que eventualmente nunca ha existido. Este desencanto ya se ha instalado como un patrimonio mundial.

Latinoamérica ha sido, sin querer, parte de estas nuevas tensiones. Su viaje a la upa del péndulo de la izquierda a la derecha más extrema, presa de paganos y santones -algunos dictadores y otros ególatras-, no termina de ceder a la estabilidad que promete la democracia. La invasión, una palabra que parecía olvidada en el pasado, ha retrotraído a un estado de perplejidad, enojo, estupefacción y desconcierto. Nadie tiene el asiento asegurado, ni menos un futuro cierto. La arquitectura, en este ambiente, podría fácilmente entrar a reflejar la falta de certezas y peor aún, la desvergüenza. Ese es un riesgo permanente. Sin embargo, desde Arquitecturas del Sur, la insistencia sobre alternativas propias de la arquitectura, un modo cultural extendido por el territorio y la academia desde las últimas cuatro décadas, sigue resistiendo obstinadamente. Ahí seguimos, en un mundo nuevo.